

Señor Presidente del Partido y distinguidos dirigentes que lo acompañan; señor Presidente Departamental; señoras y señores:

Mis primeras palabras serán, por cierto, para reiterar a nuestros distinguidos visitantes, la expresión del más vivo reconocimiento por haber venido a acompañarnos en este día memorable.

Estamos orgullosos de tener bajo nuestro techo a don Horacio Walker Larraín, Presidente del Partido Conservador, honra del Senado de la República e ilustre paladín de nuestra Causa. Hemos escuchado con emoción su palabra elocuente, y sólo queremos decirle, como una respuesta a sus exhortaciones, como una promesa que resonará para siempre en estos muros, que no pretendemos ser los mejores soldados del Partido, pero que aspiramos, en cambio, a que nadie nos supere en disciplina, en desinterés ni en fervor por los grandes ideales que hemos jurado servir.

Nos honra, también, la asistencia del brillante Presidente de la Cámara de Diputados, don Juan Antonio Coloma, antiguo conocido de los conservadores de San Fernando y altamente estimado por su talento, su carácter y su permanente consagración al servicio del Partido.

Agradecemos igualmente la presencia de don José Luis Borgoño, el nuevo Presidente Nacional de la Juventud Conservadora, que sin duda sabrá cumplir con acierto las graves responsabilidades de su cargo; y agradecemos, también, la asistencia de don Engelberto Frías, el dinámico Secretario del Partido, que es un ejemplo de esfuerzo permanente por la Causa.

Saludamos fraternalmente a los corteligionarios de otros puntos de la provincia que han querido asociarse a esta fiesta cívica, compartiendo la alegría y la esperanza que en estos momentos nos ani-

man. Deseamos, de corazón, que esta casa sea el hogar común de todos los conservadores de Colchagua. Para ellos estas puertas estarán siempre abiertas, como dos brazos que se extienden jubilosos a estrechar al camarada.

La casa propia era una vieja aspiración del Partido en San Fernando. La deseábamos vivamente, porque sabíamos que contribuiría a mejorar nuestra organización, a coordinar nuestros esfuerzos, a acrecentar nuestras filas y a robustecer la amistad y la solidaridad entre todos los que profesamos los ideales conservadores. Hemos logrado vencer considerables obstáculos materiales, y tenemos, por fin, una casa que cada uno puede llamar suya.

Pero no se crea que con ello, solamente, está ya realizada nuestra aspiración del hogar común. Los hogares no los hacen los muros ni los techos; los hogares se forman, principalmente, del espíritu que anima a sus miembros, de la comprensión y el afecto que entre ellos existe, de la ayuda que se prestan en los momentos difíciles. Adquirir un inmueble, dotarlo de algunas comodidades, limpiar sus pisos y limpiar sus paredes, no es por sí sólo tener un hogar. Lo verdaderamente importante es entregarle algo de nosotros mismos, es darle vida, afecto y calor. Esta, y no otra, es la contribución que, en favor de esta Casa, espera el Partido de cada uno de vosotros.

El Partido Conservador, señores, que tiene ganados muchos laureles en su historia, no quiere sucumbir a la tentación de dormirse sobre ellos. La misión que tenemos en la vida del país, nos obliga a permanecer en marcha perpetua, en lucha constante, sin detenernos un día ni desfallecer una hora. Amamos nuestro pasado, por las nobles satisfacciones y las preciosas enseñanzas que él contiene; pero lo que en

verdad nos interesa, lo que nos mantiene unidos en el noble bregar, no son los hechos del pasado -que ya fueron-, sino las realizaciones del porvenir, que serán en gran parte como nosotros queramos que sean.

El Partido Conservador no sólo puede exhibir ante el país una historia grande y constructiva. Tiene, todavía, algo más precioso que ofrecerle: una doctrina que permanece inalterable en sus bases esenciales, extraídas del Evangelio; pero que adapta sus modalidades y sus métodos a los imperativos y las posibilidades del país en que estamos y de la época que vivimos. Y en este momento histórico, cuando Chile busca a tientas un destino mejor, cuando el clamor de los necesitados resuena con trágicos acentos, cuando han fracasado en el Gobierno todas las fórmulas y todos los matices de la Izquierda, creemos, con profunda fe, que nuestras soluciones son las únicas posibles.

No se trata de excluir a nadie; no se trata de dejarnos seducir por la soberbia, que perdió a Luzbel. La política es la ciebia de las posibilidades, y, cuando no se puede obtener lo mejor, hay que contentarse con lo bueno. Pero se trata, sí, de luchar con denuedo, en todos los terrenos y en todos los instantes, para que nuestros principios y nuestras soluciones se impongan al país. La verdad, cuando es sustentada por corazones generosos, acaba siempre por triunfar; y día llegará en que el Partido Conservador conduzca a Chile por una senda nueva de progreso, justicia y bienestar.

Para realizar esta tarea, es necesario difundir nuestra doctrina entre la clase obrera, no sólo por ser la más numerosa, sino porque ella sufre en forma más aguda los problemas nacionales. Hay que destruir la malla de falsedades con que se pretende separarnos del pueblo; hay que recordarles nuestra obra, permanentemente dirigida al

mejoramiento de las clases necesitadas; hay que compenetrarse de sus angustias, escuchar sus opiniones y recoger sus deseos; hay que mostrarles nuestro espíritu, ajeno a intereses mezquinos y pronto a todas las reformas que puedan contribuir, en verdad, a un standard de vida mejor.

El Partido Conservador, afortunadamente, no fué nunca un Partido de casta. En sus filas conviven, codo a codo, los favorecidos de la fortuna y los que nunca la conocieron; los que dirigen la vida nacional y los que forman legión entre los trabajadores del músculo o del cerebro. Pero esa promisoría realidad no debe bastarnos. Nuestro deber es esparcir cada vez más la verdad; es atraer a nuestras filas a todos los hombres puros de intenciones y rectos de corazón.

En este momento singular de la historia de la Humanidad, el comunismo se juega entero para abatir los restos de la civilización cristiana e imponer, por el terror y la violencia, su monstruosa tiranía. Permanecer indiferentes en esta lucha, sería un siniestro crimen de egoísmo. El Partido Conservador, en Chile, es el ~~único~~ que puede enfrentarse con más éxito a la secta de Moscú. Tenemos, por eso, el deber ineludible de combatir al comunismo en todos los terrenos; de evitar, para nuestro país, la triste suerte de los pueblos de la Europa Oriental, sometidos al exterminio y la opresión. La trágica miseria del pueblo ruso, revelada por cuantos han podido verlo de cerca, nos demuestra que el comunismo no produce ventajas materiales. Pero, aunque así no fuera, aunque la esclavitud total pudiese producir mayores recursos económicos, nosotros tendríamos que seguir combatiendo al comunismo en defensa de la Religión que profesamos y de las libertades fundamentales que Dios concedió a la persona humana.

Hay que luchar con el comunismo en su propio terreno, en la

mina y en la fábrica, en la obra y el taller. Pero hay que combatirlo rectamente, sin transacciones ni falsías; no como dicen combatirlo los que apoyan su planes sediciosos a pretexto de ~~xxxxxxxxxxxx~~ coincidir en cuestiones circunstanciales. La voz del Santo Padre, que declarara el comunismo "intrinsecamente perverso", la voz de nuestros Pastores, prohibiendo toda concomitancia con el comunismo, son imperativas para todos nosotros.

Nuestra provincia, hondamente enraizada en la fe cristiana y en la tradición chilena, ha resistido como ninguna otra la propaganda moscovita. Pero existen algunos lugares en que ésta ha logrado penetrar, y entre ellos se cuenta la ciudad de San Fernando. Yo espero que esta Casa del Partido será un faro que permita recuperar el buen camino a los que hoy están extraviados. Los que vengan a nosotros con sinceridad de corazón, encontrarán siempre nuestros brazos abiertos.

Amigos míos:

No quisiera terminar estas palabras sin rendir un homenaje a los que han hecho posible contar con esta Casa. No pretendo nombrarlos a todos, porque correría el riesgo de hacer exclusiones injustas; pero, al menos, deseo recordar en este instante a tres de nuestros más destacados dirigentes: don Bernardo Lira Artigas, ~~xxxxxx~~ don Fernando Lira Vergara y don Pedro González Fernández. Bajo la presidencia -provincial y departamental, respectivamente, -de los dos primeros se realizó la vieja aspiración de adquirir un inmueble, y el dinamismo de Pedro González ha hecho posible dar vida a este hogar.

En vuestra lucha desinteresada y constante por los grandes ideales que profesamos, tendreis en esta casa un elemento de valor. Yo estoy cierto de que sabreis emplearlo, como siempre, para el bien del Partido y del País.

Señor Presidente del Partido y distinguidos dirigentes que lo acompañan; señor Presidente Departamental; señoras y señores:

Mis primeras palabras serán, por cierto, para reiterar a nuestros distinguidos visitantes, la expresión del más vivo reconocimiento por haber venido a acompañarnos en este día memorable.

Estamos orgullosos de tener bajo nuestro techo a don Horacio Walker Larraín, Presidente del Partido Conservador, honra del Senado de la República e ilustre paladín de nuestra Causa. Hemos escuchado con emoción su palabra elocuente, y sólo queremos decirle, como una respuesta a sus exhortaciones, como una promesa que resonará para siempre en estos muros, que no pretendemos ser los mejores soldados del Partido, pero que aspiramos, en cambio, a que nadie nos supere en disciplina, en desinterés ni en fervor por los grandes ideales que hemos jurado servir.

Nos honra, también, la asistencia del brillante Presidente de la Cámara de Diputados, don Juan Antonio Coloma, antiguo conocido de los conservadores de San Fernando y altamente estimado por su talento, su carácter y su permanente consagración al servicio del Partido.

Agradecemos igualmente la presencia de don José Luis Borgoño, el nuevo Presidente Nacional de la Juventud Conservadora, que sin duda sabrá cumplir con acierto las graves responsabilidades de su cargo; y agradecemos, también, la asistencia de don Engelberto Frías, el dinámico Secretario del Partido, que es un ejemplo de esfuerzo permanente por la Causa.

Saludamos fraternalmente a los corteligionarios de otros puntos de la provincia que han querido asociarse a esta fiesta cívica, compartiendo la alegría y la esperanza que en estos momentos nos ani-

man. Deseamos, de corazón, que esta casa sea el hogar común de todos los conservadores de Colchagua. Para ellos estas puertas estarán siempre abiertas, como dos brazos que se extienden jubilosos a estrechar al camarada.

La casa propia era una vieja aspiración del Partido en San Fernando. La deseábamos vivamente, porque sabíamos que contribuiría a mejorar nuestra organización, a coordinar nuestros esfuerzos, a acrecentar nuestras filas y a robustecer la amistad y la solidaridad entre todos los que profesamos los ideales conservadores. Hemos logrado vencer considerables obstáculos materiales, y tenemos, por fin, una casa que cada uno puede llamar suya.

Pero no se crea que con ello, solamente, está ya realizada nuestra aspiración del hogar común. Los hogares no los hacen los muros ni los techos; los hogares se forman, principalmente, del espíritu que anima a sus miembros, de la comprensión y el afecto que entre ellos existe, de la ayuda que se prestan en los momentos difíciles. Adquirir un inmueble, dotarlo de algunas comodidades, limpiar sus pisos y limpiar sus paredes, no es por sí sólo tener un hogar. Lo verdaderamente importante es entregarle algo de nosotros mismos, es darle vida, afecto y calor. Esta, y no otra, es la contribución que, en favor de esta Casa, espera el Partido de cada uno de vosotros.

El Partido Conservador, señores, que tiene ganados muchos laureles en su historia, no quiere sucumbir a la tentación de dormirse sobre ellos. La misión que tenemos en la vida del país, nos obliga a permanecer en marcha perpetua, en lucha constante, sin detenernos un día ni desfallecer una hora. Amamos nuestro pasado, por las nobles satisfacciones y las preciosas enseñanzas que él contiene; pero lo que en

verdad nos interesa, lo que nos mantiene unidos en el noble bregar, no son los hechos del pasado -que ya fueron-, sino las realizaciones del porvenir, que serán en gran parte como nosotros queramos que sean.

El Partido Conservador no sólo puede exhibir ante el país una historia grande y constructiva. Tiene, todavía, algo más precioso que ofrecerle: una doctrina que permanece inalterable en sus bases esenciales, extraídas del Evangelio; pero que adapta sus modalidades y sus métodos a los imperativos y las posibilidades del país en que estamos y de la época que vivimos. Y en este momento histórico, cuando Chile busca a tientas un destino mejor, cuando el clamor de los necesitados resuena con trágicos acentos, cuando han fracasado en el Gobierno todas las fórmulas y todos los matices de la Izquierda, creemos, con profunda fe, que nuestras soluciones son las únicas posibles.

No se trata de excluir a nadie; no se trata de dejarnos seducir por la soberbia, que perdió a Luzbel. La política es la ciencia de las posibilidades, y, cuando no se puede obtener lo mejor, hay que contentarse con lo bueno. Pero se trata, sí, de luchar con denuedo, en todos los terrenos y en todos los instantes, para que nuestros principios y nuestras soluciones se impongan al país. La verdad, cuando es sustentada por corazones generosos, acaba siempre por triunfar; y día llegará en que el Partido Conservador conduzca a Chile por una senda nueva de progreso, justicia y bienestar.

Para realizar esta tarea, es necesario difundir nuestra doctrina entre la clase obrera, no sólo por ser la más numerosa, sino porque ella sufre en forma más aguda los problemas nacionales. Hay que destruir la malla de falsedades con que se pretende separarnos del pueblo; hay que recordarles nuestra obra, permanentemente dirigida al

mejoramiento de las clases necesitadas; hay que compenetrarse de sus angustias, escuchar sus opiniones y recoger sus deseos; hay que mostrarles nuestro espíritu, ajeno a intereses mezquinos y pronto a todas las reformas que puedan contribuir, en verdad, a un standard de vida mejor.

El Partido Conservador, afortunadamente, no fué nunca un Partido de casta. En sus filas conviven, codo a codo, los favorecidos de la fortuna y los que nunca la conocieron; los que dirigen la vida nacional y los que forman legión entre los trabajadores del músculo o del cerebro. Pero esa promisoría realidad no debe bastarnos. Nuestro deber es esparcir cada vez más la verdad; es atraer a nuestras filas a todos los hombres puros de intenciones y rectos de corazón.

En este momento singular de la historia de la Humanidad, el comunismo se juega entero para abatir los restos de la civilización cristiana e imponer, por el terror y la violencia, su monstruosa tiranía. Permanecer indiferentes en esta lucha, sería un siniestro crimen de egoísmo. El Partido Conservador, en Chile, es el único que puede enfrentarse con más éxito a la secta de Moscú. Tenemos, por eso, el deber ineludible de combatir al comunismo en todos los terrenos; de evitar, para nuestro país, la triste suerte de los pueblos de la Europa Oriental, sometidos al exterminio y la opresión. La trágica miseria del pueblo ruso, revelada por cuantos han podido verlo de cerca, nos demuestra que el comunismo no produce ventajas materiales. Pero, aunque así no fuera, aunque la esclavitud total pudiese producir mayores recursos económicos, nosotros tendríamos que seguir combatiendo al comunismo en defensa de la Religión que profesamos y de las libertades fundamentales que Dios concedió a la persona humana.

Hay que luchar con el comunismo en su propio terreno, en la

mina y en la fábrica, en la obra y el taller. Pero hay que combatirlo rectamente, sin transacciones ni falsías; no como dicen combatirlo los que apoyan su planes sediciosos a pretexto de ~~enmendarlos~~ coincidir en cuestiones circunstanciales. La voz del Santo Padre, que declarara el comunismo "intrinsecamente perverso", la voz de nuestros Pastores, prohibiendo toda concomitancia con el comunismo, son imperativas para todos nosotros.

Nuestra provincia, hondamente enraizada en la fe cristiana y en la tradición chilena, ha resistido como ninguna otra la propaganda moscovita. Pero existen algunos lugares en que ésta ha logrado penetrar, y entre ellos se cuenta la ciudad de San Fernando. Yo espero que esta Casa del Partido será un faro que permita recuperar el buen camino a los que hoy están extraviados. Los que vengan a nosotros con sinceridad de corazón, encontrarán siempre nuestros brazos abiertos.

Amigos míos:

No quisiera terminar estas palabras sin rendir un homenaje a los que han hecho posible contar con esta Casa. No pretendo nombrarlos a todos, porque correría el riesgo de hacer exclusiones injustas; pero, al menos, deseo recordar en este instante a tres de nuestros más destacados dirigentes: don Bernardo Lira Artigas, ~~y Fern~~ don Fernando Lira Vergara y don Pedro González Fernández. Bajo la presidencia -provincial y departamental, respectivamente, -de los dos primeros se realizó la vieja aspiración de adquirir un inmueble, y el dinamismo de Pedro González ha hecho posible dar vida a este hogar.

En vuestra lucha desinteresada y constante por los grandes ideales que profesamos, tendreis en esta casa un elemento de valor. Yo estoy cierto de que sabreis emplearlo, como siempre, para el bien del Partido y del País.